

LA ESTACION DE VERANO.



Composicion y dibujo de EDUARDO WATTIER.

La naturaleza es madre de la igualdad entre los hom- | tantemente en todo lo que hace, siendo admirable su sabi-
bres. El espíritu de razon que la anima, se manifiesta cons- | duria y acierto en repartir á cada hombre los gustos pro-

T. I.—PARIS,—IMP. BLONDEAU.

40

porcionados á sus diferentes condiciones, á fin de que cada cual disfrute de su parte de felicidad en esta vida.

El habitante de los campos, obligado á trabajar para vivir, no tiene tiempo para proporcionarse los placeres, pero como le gustan las cosas sencillas, su alma se contenta con el sentimiento de los bienes que la naturaleza misma pone á sus alcances, que por cierto carecen de los inconvenientes de aquellos que crea nuestro capricho, que no nos gustan ordinariamente mas que en el primer momento y despues nos parecen fastidiosos porque nuestro capricho es inconstante.

La estacion de verano llama al labrador á los campos. El cielo está sereno, y el ambiente es puro; los arroyuelos murmuran blandamente al pié de las montañas, y se ven las primeras florecillas en los ribazos del camino. Se oyen cantar los pajaros en los bosques á la sombra de las nuevas hojas, y la viva dulzura de esa estacion feliz que presta nueva vida á todas las cosas, anima tambien á los hombres en su tarea haciéndoles agradable su trabajo.

Tampoco el rico se muestra insensible á la sencilla hermosura de la naturaleza, pero acostumbrado á los refinados goces de la civilizacion, no se satisface completamente con esa sencillez. Los sitios mas deliciosos no le agradan, si carecen de las mil delicadezas del arte. Cuando sale de la ciudad para ir al campo, desea que reine en sus jardines la simetria á que sus ojos se hallan habituados. Encarga al jardinero el ejecutar sus dibujos, y todo toma otro aspecto alrededor de su morada. La naturaleza se presta dócilmente á todo lo que la mano del hombre exige de ella, porque Dios, que ha hecho de la tierra una mansion agradable para el hombre, la ha creado tambien con una disposicion natural para recibir todos los cambios que gustemos hacer en ella.

Todos los años, en la estacion de verano, el dueño de esas casas de campo, convida á lo mas escogido del contorno á visitar su morada, embellecida con los jardines que la naturaleza acaba de adornar con vistosas galas. Unos se pasean hablando junto á las fuentes, ó á lo largo de las hermosas calles de árboles esmaltadas de flores, y otros se sientan á la sombra, á disfrutar al mismo tiempo de una conversacion amena y de los placeres de la naturaleza, bajo la hermosa bóveda del cielo.

DEL DICHO AL HECHO HAY GRANDE TRECHO.

(Véase nuestro n. 9.)

La noche se pasó en estos coloquios. Cuando llegó el momento de retirarse, un criado condujo al peluquero al mejor cuarto del castillo donde le esperaba una cama sumptuosamente colgada. Las paredes estaban cubiertas de retratos de diferentes épocas, representando los antiguos señores del castillo, que Bardanou saludó con una expresion casi afectuosa, como si hubieran sido sus antepasados, y es que en efecto principiaba á creerse descendiente lejítimo de la casa de Rovemburgo. Por último cuando se durmió, se vió en sueños en la corte de Baden con el pecho cubierto de cruces y cordones.

Al otro dia se despertó muy tarde. Ya iba á vestirse precipitadamente, cuando acordándose que una persona de su clase no podia vestirse sola, llamó al ayuda de cámara que acudió con presteza, y en cuyas manos se entregó con paciencia, no queriendo aparentar la ignorancia de las reglas establecidas en la nobleza, hasta que al sentir que le arreglaban el pelo, no pudo dominar el sentimiento de su arte, y arrancando el peine de manos

del criado tudesco, le dió una leccion de hacer los rizos y de sacar la raya.

Cuando ya estaba completamente vestido, bajó al jardin donde vió á madama de Randoux que volvía ya de su paseo matinal en la pradera. La jóven viuda estaba en un elegante *negligé*, y llevaba en la cabeza un sombrero de la *selva negra* cuyas anchas alas flotaban sobre sus hombros. Con los piés húmedos de rocío, y un ramillete de flores del campo en la mano, madama de Randoux se adelantaba por una calle de árboles cantando á media voz una antigua melodia de la Suabia. El paseo habia animado su fisonomia, y brillaba en todo su ser, la plácida serenidad de la mañana.

Bardanou corrió á saludarla y la besó las manos como habia visto hacer en el teatro. La linda viuda aceptó su brazo sin cumplimientos, y le contó su expedicion al otro extremo del jardin. Bien que nunca habia habitado las ciudades populosas de la Alemania, á madama de Randoux le gustaban los campos, y con particularidad Rovemburgo donde se habia criado, y por esto no podia consolarse de que su tío se hubiese empeñado, ántes de morir, en rifar una propiedad que hasta entónces no habia salido de su familia. Los doscientos mil florines que habian venido á aumentar su herencia como fruto de esa especulacion, no le parecian un resarcimiento bastante de lo que perdía, estando dispuesta á añadir veinte mil florines mas de su propia fortuna, para quedarse en posesion de Rovemburgo y sus dependencias.

Bardanou comprendió que se le estaba haciendo indirectamente una proposicion; pero el papel de dueño del castillo le gustaba demasiado, para sacrificarle de repente á una cantidad cualquiera de dinero.

Así fué que respondió sonriéndose á madama de Randoux que, á pesar de haber cambiado de propietario, el castillo de Rovemburgo estaba siempre á su disposicion y que podia disponer de él con la misma libertad que si fuera suyo.

La viuda contestó con un ademán gracioso de impaciencia.

— Vamos, veo que no quereis entenderme, — le dijo sonriendo, — teneis el ánimo de recibirme en Rovemburgo, y mi deseo es el de recibirlos yo.

— Y que importa eso, con tal de que esteis siempre en vuestra casa. — contestó con galanteria el peluquero.

— ¡En mi casa! — repuso alegremente madama de Randoux, — estabais fresco si os cojiese la palabra.

— ¿Y porqué?

— Porque nunca está bien una persona extraña entre dos recién casados.

— ¡Ah, sí! — interrumpió el peluquero algo cortado, — pero hasta ahora eso está en proyecto...

— Y no hay ningun obstáculo que os impida el realizarlo al punto.

— Teneis mucha razon.

— Además que la señorita Niceta sabrá recordároslo si lo olvidais, porque en efecto mucho le habia de costar el encontrar alguno que os sustituyera, señor de Bardanou.

El peluquero se inclinó sonrojándose de gozo; era la primera vez que se añadía á su nombre aquella partícula gloriosa. Madama de Randoux le pareció en aquel momento la mujer mas hermosa que habia visto en su vida.

— Sea de ello lo que quiera, — repuso la jóven, — lo cierto es que por el pronto no soy dueña ya de Rovemburgo, y sabe Dios cuando lo volveré á ser. ¿Y que di-

riais si supierais que en poco ha estado que mi deseo de poseer el castillo no me haya costado mi porvenir?

Bardanou tuvo un segundo mareo de vanidad, y no pudo contestar mas que balbuceando algunas palabras entrecortadas.

— Sí, — repuso la viuda, — como respondiendo á su interlocutor, — ¡todo mi porvenir! Ya conoceis al baron de Robach que vino aquí horas ántes de que llegarais vos.

Bardanou respondió afirmativamente.

— Pues bien; es un antiguo amigo de la casa que siempre me ha estimado bastante, y que hasta creímos que mi matrimonio con M. de Randoux no le habia gustado mucho. Desde que quedé viuda me ha hecho una multitud de favores, y me ha ofrecido su mano diferentes veces, pero como me encuentro bien con mi libertad, me he negado constantemente á contraer un nuevo matrimonio. Por último, cuando se puso en rifa el castillo de Rovemburgo, fué testigo de la pena que esto me causaba, y me preguntó sonriéndose si querria casarme con él, caso de que ganase el castillo. Yo se lo prometí y entónces gastó cincuenta mil florines en billetes. Hasta que llegó el día del sorteo estaba temiendo que ganara, y hoy estoy desesperada porque la propiedad va á pasar á manos de otro, y siento no haber podido rescatar este hermoso dominio á costa de mi mano.

Un pensamiento rápido como la flecha atravesó un instante la mente de Bardanou. Miró á madama de Randoux que mordiscaba sonriendo su ramillete de flores silvestres, y le pareció una mujer encantadora, y ademas recapacitó que poseia una fortuna que ascendia al doble del valor del dominio de Rovemburgo, y que pertenecía á lo mejor de la nobleza de todo el ducado.

Todas estas ideas que se sucedieron unas á otras con la rapidez del relámpago, trastornaron la cabeza del peluquero.

— Son bien locas mis ideas ¿no es verdad? — exclamó la viuda.

— No por cierto, — contestó Bardanou haciendo un esfuerzo para cobrar ánimo. — Lo que pienso es que me habeis hecho una confidencia muy peligrosa.

— ¿Y porqué?

— Porque puede dar tentaciones extraordinarias al propietario actual del castillo de Rovemburgo.

— ¿Qué quereis decir, señor Bardanou? No os comprendo. — dijo madama de Randoux con un acento que casi desmentia su afirmacion.

— Quiero decir, — repuso el peluquero, — que el convenio hecho á todo evento con el baron, podria celebrarse de nuevo con mejores bases, con el que ha ganado el castillo.

— ¿Con vos?

— Puesto que Rovemburgo tiene tantos encantos para madama de Randoux, tal vez se resignaria por quedarse en él, á aceptarlas ofertas del nuevo propietario.

— Vamos, vamos, eso es una chanza, — dijo la viuda riéndose con risita falsa.

— Es una chanza, si mi proposicion ofende á madama de Randoux, — repuso vivamente el peluquero, — pero es muy de veras, si se digna acoger lo dicho con agrado.

— Pero eso es imposible, señor de Bardanou: ¿no habeis dado anteriormente vuestra palabra á Niceta?

— No por cierto; todo está aun en proyecto.

— Sin embargo, acaso la pobre jóven ha concebido ya esperanzas...

— A que la razon le hará renunciar, porque Niceta debe saber que una nueva posicion impone nuevas obligaciones, con uno mismo y con los demas.

— Me temo que no tenga bastante filosofía para pensar así. — añadió la viuda con ironía.

— De eso me encargo yo. — repuso el peluquero. — Pero allí viene el baron, podeis no decirle nada si gustais, y dentro de una hora todo estará arreglado con Niceta.

Bardanou entró en efecto en el castillo buscando á la ahijada de maese Topfer. La conversacion que acababa de tener con madama de Randoux le habia dado el último golpe: en un instante veía triplicada su fortuna y su posicion asegurada; habia ganado otro premio á la lotería. El peluquero no podia dejar escapar tan hermosa ocasion, y en realidad ningun lazo existia entre él y Niceta, no habiendo hecho ni exigido promesa ninguna. Habiendo sido menester retardar el día de su union, ambos se habian contentado con uno de esos convenios tácitos que no comprometen mas que los corazones, por lo cual ni aun se creia obligado á justificarse, y así fué que olvidando todo lo pasado, habló á Niceta como á una protegida cuya felicidad se desea, diciéndole que no queria ser solo á disfrutar de la feliz casualidad que le habia enriquecido, y que estaba decidido á dotarla jenerosamente y á hacer la suerte de aquel á quien escogiere por esposo.

La jóven le escuchó al pronto sin comprender le que le decia; pero á medida que Bardanou iba hablando, Niceta principiaba á ver claro en el asunto, y experimentaba un dolor tanto mas agudo cuanto que venia cuando ménos se le esperaba. Sin embargo de esto, se calló. Pálida, trémulos los labios y conteniendo apénas sus lágrimas, oyó todas las promesas del peluquero, y cuando este acabó, se levantó, serena en apariencia, dando un paso hácia la puerta.

— ¿A dónde vais Niceta? — preguntó Bardanou algo cortado con aquel silencio.

— Me vuelvo á casa con mi padre adoptivo, — respondió la jóven.

— ¿Y cómo tan pronto? — repuso el peluquero.

Niceta salió sin responder.

Bardanou se sintió avergonzado en su interior. A pesar del estado de ceguedad en que se hallaba, empezaba á remorderle la conciencia, y su emocion protestaba contra sus razonamientos. Se levantó del sillón en que estaba sentado, y dió algunas vueltas al salón tratando, aunque en vano, de recobrar su serenidad; en una palabra, estaba triste y descontento. Dichosamente acordóse en aquel instante de que estaba en ayunas, y tiró del cordón de la campanilla, mas el ayuda de cámara que se presentó, le dijo que todo el mundo habia almorzado ya.

Bardanou, que no buscaba mas que un pretexto para desahogarse, se quejó de que no se le hubiera advertido, á lo cual respondió el criado que no tenia órdenes del señor baron para hacerlo.

Esta palabra fué para el peluquero la señal de la esplosion.

— ¡El baron! — exclamó, — ¿y á qué santo necesitais esperar las órdenes del señor baron para servirme á mí? ¿Quién es el dueño aquí, él ó yo? ¿A quién pertenece el dominio de Rovemburgo?

— No lo sé. — respondió bruscamente el criado.

— ¿Conque no lo sabes? — repitió Bardanou exasperado, — pues yo te lo enseñaré, gran tunante. Sal de aquí inmediatamente, y cuidado con que vuelvas á ponerte en mi presencia.

El criado iba á responder cuando acertó á entrar el baron, quien le hizo una señal, y el ayuda de cámara se retiró.

— Con mucho rigor tratais á ese pobre diablo, señor Bardanou, — dijo cerrando la puerta.

— Le trato como me parece, señor de Robach; — respondió el peluquero con altivez, — y me estraña mucho que haya quien se atreva á dar órdenes aquí.

— Primeramente permitidme que os haga observar—repuso políticamente el baron, — que, como testamentario que soy del antiguo propietario del castillo de Rovemburgo, estoy encargado de su administracion hasta la llegada del nuevo poseedor.

— Y yo os haré observar, — replicó el peluquero—que ese nuevo poseedor está aquí.

— Y de eso sacais en consecuencia...

— Que cada uno manda en su casa.

El baron hizo una reverencia, y añadió:

— En efecto; ahora falta saber de quien es la casa en que estamos.

— ¿De quién? — repitió Bardanou, — ¿ahora salís con esas? El señor baron no debe ignorarlo, puesto que él fué quien me hizo saber cuál era el número premiado.

— Teneis razon, así fué.

— Y tampoco habeis sin duda olvidado que ese número es el 66, que por mas señas aquí está, señor baron.

Este se inclinó para mirar el billete que tenia en la mano el peluquero, y añadió:

— Os pido mil perdones, pero creo que estais equivocado.

— ¿Cómo es eso?

— No habeis reparado en vuestro billete, que el punto está ántes de los números, en vez de estar despues.

— ¿Y eso qué importa?

— Eso hace que el señor Bardanou ha leído su número al revés, y que ese número es el 99.

— ¡El 99! — repitió el peluquero sin saber lo que le pasaba, — ¿qué decis? ¿y dónde está el 66?

— Hélo aquí, — respondió el baron enseñando un número.

— ¡Cómo! ¿vos?...

— Ya está reconocida la autenticidad de mi billete por la administracion de Francfort, y se han llenado todas las debidas formalidades; aquí está tambien el acta para ponerme en posesion del dominio de Rovemburgo.

Y al decir esto alargó al peluquero un papel lleno de timbres, sellos y refrendos de todos colores. Bardanou quiso recorrerle con los ojos, pero su vista se oscureció y temblaba en todos sus miembros, viéndose obligado á sentarse.

La caída era tan súbita como lo habia sido la elevacion, y sintió que sus fuerzas le abandonaban. Sin embargo, pasada la primera impresion se levantó: al abatimiento sucedieron la duda y la cólera: Bardanou rompió el silencio, y exclamó mirando cara á cara al baron:

— ¿Así pues, me habeis engañado en Oberhausberg?

— Decid mas bien que no he querido sacaros de un error. — repuso M. Robach.

— ¡Eso es una traicion y una crueldad! — interrumpió Bardanou.

— No, — repuso el baron con severidad, — es un castigo y una leccion. Sentado en el balcon de la posada, detras de las cortinas, os oí juzgarme sin conocerme, os oí acusar á los ricos de vanidad, de tiranía, de ingratiitud y

de avaricia, haciendo alarde de que si un dia os era propicia la fortuna, sabriais evitar esos defectos. Un acaso os ha hecho creer que así era, y queriendo experimentar si vuestros principios eran tales como creiais, os he dejado en vuestra ilusion.

— Así pues, era una ilusion, — repitió Bardanou en el colmo del abatimiento y sin poder separar su vista de su billete vuelto del revés.

— Sí, — dijo de Robach con gravedad, — pero lo que es muy cierto, maese Bardanou, es vuestra conducta desde el momento en que os creisteis lejítimo dueño del castillo de Rovemburgo. ¿Cuál de nosotros dos se ha mostrado mas orgulloso desde ayer? ¿quién ha tratado mal á los criados? ¿quién se ha mostrado ingrato y desleal con la pobre Niceta?

El peluquero, sin saber que decir, bajó humildemente la cabeza.

— Ya lo estais viendo, — continuó el baron despues de una pausa, — es menester ser mas indulgentes con los demas, y estar uno ménos satisfecho de sí mismo. Todos los hombres tienen en sí el jérmen de las mismas flaquezas, y solo la diferencia de posicion cambia su desarrollo. Perdonad al rico el ser olvidadizo y ciego, y el rico os perdonará vuestra acritud, vuestra maledicencia y vuestra envidia. Las clases no se mejoran oponiéndolas entre sí, sino ilustrándolas por separado, conforme á sus respectivas necesidades.

— Y para principiar esas lecciones el señor baron me ha espuesto á una burla semejante! — dijo Bardanou amargamente, — habeis querido hacer una experiencia conmigo sin pensar en los resultados que podia tener.

— Perdonadme, maese Bardanou, — respondió M. de Robach, — madama de Randoux que ha desempeñado tambien su papel en todo esto, ha reparado ya el daño que habeis tratado de haceros con vuestras propias manos, y la prueba es que viene en compañía de Niceta.

La ahijada de maese Topfer entró en efecto con la viuda, que la habia consolado fácilmente persuadiéndola de que el rompimiento de Bardanou no era mas que una prueba, que el dominio de Rovemburgo no le pertenecia y que la amaba mas que nunca. Niceta creyó todo cuanto quisieron hacerla creer, y el peluquero avergonzado de su conducta la recibió con una ternura tan humilde, que á la pobre joven se le saltaron las lágrimas.

Durante esta reconciliacion, el baron hablaba con maese Topfer haciéndole consentir en el matrimonio con Niceta, á quien dotó con seis mil florines.

Bardanou partió con Niceta aquella misma tarde para Oberhausberg donde se celebró el matrimonio al mes siguiente. La leccion le aprovechó al peluquero, sin curarle del todo de sus inclinaciones críticas. Muchas veces sucedia que se le escapaban algunos dichos contra los ricos y los poderosos, pero su mujer sabia diestramente soltar en la conversacion el nombre de Rovemburgo, y el peluquero volvía como por encanto á sus ocupaciones.

¡Qué mayor bien que el saber! ¿Cómo puede un hombre hacerse superior á los demas, sino por la ciencia? El rico encuentra en ella el adorno de su prosperidad, y el pobre el consuelo de sus males, y el valor para despreciar todas las penas de la vida. Es necesario estudiar y adornar nuestra alma con ese precioso tesoro, que nadie puede arrebatarnos, y que se conserva ántes y despues de la vida.

Fragmento de CONSTANTINO LASCARIS.

LIMA (CAPITAL DEL PERU.).



Vista tomada en Lima en 1844 por M. MAX RADIGUET.

Lima, capital del Perú, es la única ciudad de la América del Sur que ha conservado hasta nuestros días un carácter bien marcado de originalidad. A pesar de su continuo roce con las repúblicas cercanas y la afluencia considerable de extranjeros de todas naciones, Lima tiene sus costumbres particulares, sus trajes, y hasta su arquitectura propia.

Sin embargo, no por eso queremos decir que Lima ha rechazado todo lo nuevo, no; y tan no es así, que existen pocas ciudades donde se hallen en un contacto tan inmediato, los elementos mas heterogéneos.

Si los terremotos y las discordias civiles no persiguiesen con ahinco su destructora obra, Lima sería aun la mas hermosa y rica de las ciudades de la América meridional; pero sus continuas revoluciones impiden la marcha de los negocios comerciales, y paralizan todo progreso. En medio de ese desorden, la ciudad construida en un suelo inseguro, se desmorona y cae en ruinas á cada nuevo sacudimiento; las iglesias y los monasterios, únicos monumentos que manifiestan aun su antiguo esplendor, se deterioran poco á poco, y á través de los huecos de las ricas molduras que ántes les envolvían, se muestran por un lado y otro las cañas y débil armazón de sus esqueletos. Unicamente los extranjeros deploran la triste suerte de esa ciudad ántes tan opulenta, y piensan dolorosamente en la rápida marcha de su decadencia. En cuanto al pueblo de Lima, ese

no se cuida mas que de hacer revoluciones, que, despues de los brillantes hechos de armas de la guerra de la independencia, se limitan por lo comun á sostener á este ó al otro pretendiente.

Lima está situada en un llano, á ocho kilómetros del mar, y al pié de las montañas que forman los primeros escalones de la cordillera de los Andes. Francisco Pizarro fundó, reinando Carlos Quinto, el día de los Reyes, donde tomó su nombre, segun Herrera y Garcilaso de la Vega.

Como sucedió en todas las ciudades cristianas, el primer monumento que se construyó fué una iglesia; despues se dividió el terreno en *cuadras* de ciento veinticinco metros, por lo comun, donde debían edificarse las casas. Estas *cuadras* se hallaban aisladas entre sí, por medio de anchas calles, magnífico plan que evitó la formación de las estrechas y tortuosas callejuelas que se encuentran ordinariamente en el centro de las grandes poblaciones.

Lima está construida en semi-círculo, en la orilla izquierda de un rio que corre del Este al Oeste. Una muralla con treinta y cuatro baluartes rodea la parte de la ciudad que no está guardada por el rio; esa muralla, de adobes y ladrillos, comenzada siendo virrey el duque de la Palata, fué terminada en 1685.

A la orilla derecha del rio se halla el inmenso arrabal llamado de San Lázaro, que comunica con la ciudad por

un ancho puente de piedra, á cuya estremidad Sudoeste se eleva un gran pórtico de arquitectura elegante, hecho en 1613, siendo virey el marques de Montes Claros.

El aspecto jeneral de las calles de Lima produce al primer pronto una impresion poco agradable. Las mejores casas no tienen fachada á la calle; casi todas están construidas dentro de un patio, donde se entra por una puerta cochera ó por un pórtico, adornado con pinturas al fresco. Las casas que dan á la calle apenas tienen ventanas en el piso bajo, y á lo largo del primer piso se ve un gran balcon herméticamente cerrado con celosías verdes. La mayor parte de estos edificios son de ladrillo, y los pilares y otros adornos de arquitectura tienen un armazon de cañas cubiertas de arcilla y pintadas de color de piedra.

En la época de la guerra de la independencia, Lima poseía veintidos conventos de diferentes órdenes religiosos, diez y siete monasterios de monjas y cuatro casas de beatas. Estos edificios, algunos enteramente abandonados hoy, tenían en su tiempo una iglesia, y á veces muchas capillas, lo que multiplicaba considerablemente el número de edificios consagrados al culto divino.

La ciudad contaba además diez hospitales, y por último muchos colejos.

Delante de las iglesias mas principales existe una plaza con el nombre del santo á quien está dedicada aquella. La mayor de todas ellas, está situada en el punto céntrico de Lima, comprendido el arrabal de San Lázaro, y se llama *Plaza Mayor*.

Al Oriente se eleva la catedral y el palacio del arzobispo, y al Norte el palacio del presidente de la República; y los otros dos lados se hallan ocupados por casas particulares, cuyos pisos bajos forman galerías llenas de tiendecillas ambulantes, donde se trabaja en la pasamanería de oro, plata y seda, para hacer insignias militares ó religiosas, franjas y botones. Los indios, muy diestros en esta industria, se han apoderado de la galería que se llama *Portal de Botoneros*.

Diez escalones hay que subir para entrar en la catedral que está en la plaza Mayor. El pórtico y los dos campanarios son de una arquitectura muy elegante: pero los colores con que han embadurnado el edificio perjudica mucho á su efecto jeneral. El coro, colocado en medio de la iglesia, ocupa casi toda la nave, y el altar mayor está espléndidamente adornado y chapeado de plata. Los estalos y los adornos de madera esculpida del coro son de un esquisito trabajo. Aun se ven en la iglesia verjas y balastradas doradas de mucho valor. En las grandes fiestas, se cuelga la iglesia toda con hermosos tapices, ostentándose en el servicio divino un lujo inaudito en los vasos sagrados, y en las telas de brocado de oro y plata, que brillan á la luz de mil cirios encendidos.

El palacio del presidente de la República no tiene fachada á la plaza. Su entrada principal da á la calle del *Fierro Viejo*, que conduce al puente de que hemos hablado. El interior de este palacio no ofrece nada notable en cuanto á arquitectura ni adornos, á pesar de que, segun dicen, era un edificio soberbio ántes del terremoto de 1687, que le destruyó casi enteramente, y en cuya época se volvió á construir de una manera algo mezquina.

También se debe al virey marques de Salvatierra, la hermosa fuente de metal que adorna la plaza, coronada con una estatua de la fama; un abundante caño de agua que sale por arriba cae en dos receptáculos de desigual amaño,

llenando un vasto depósito en cuyo derredor se apiña la turba chillona de los aguadores.

La plaza Mayor presenta por la mañana á la hora del mercado, un aspecto de los mas pintorescos, viéndose horriguear en ella una muchedumbre, donde se encuentran todas las medias tintas de la piel humana, desde el blanco hasta el negro. Los indios de las *Chacras* cercanas, vestidos con el *puncho*, vienen á traer sus legumbres y frutas de toda especie, porque el clima del país es tan favorable para las frutas de Europa como para las de los Trópicos.

Véanse también mercaderes de comestibles preparando sartenadas de puerco, salchichas y morcillas, y vendiendo patatas, nueces partidas y otros ingredientes; y por último la *chicha*, bebida favorita del pueblo, que se hace con maiz fermentado, molido, y á veces mascado por muchas personas, como el *kava* de los salvajes de la Oceanía. Las *fresqueras* tienen aparadores rodeados de bancos de madera, donde va á sentarse la jente para tomar sorbetes y jarabes de piña, de naranja y de granada.

Las limeñas, por lo comun, apenas han adoptado las modas europeas; su traje es orijinal y variado.

La india atrae las miradas por los vivos colores de su vestido, por la espresion de su fisonomía y la rareza de su peinado: algunas indias visten aun de luto por el último Inca, llevando una faja perpendicular cosida simplemente á un lado de la basquiña.

La limeña, propiamente dicha, se distingue por la elegancia de la saya y el manto. Se prende en la cintura su manto de seda negra que se alza hasta por encima de la cabeza; cubre graciosamente con él su fisonomía toda, dejando, empero, un claro junto á uno de sus ojos, para poder andar, y la punta del manto prendida por detras deja la cintura totalmente descubierta. La saya de raso baja desde el talle, rechazada por un vestido interior bien engomado, y cae formando mil pliegues que se van ensanchando desde su nacimiento hasta su base. Los colores que mas se usan, son el azul, el negro y el de esmeralda.

Todas las mujeres, sea cualquiera su posición social, se calzan con muchísimo esmero; gastan jeneralmente medias de seda de color de carne, con zapato de raso blanco.

La diversidad de colores en los trajes de los religiosos, aumenta el efecto pintoresco de la ciudad. Los frailes franciscanos llevan hábito azul, los de Santo Domingo blanco, y los hermanos de la buena muerte, llevan en su sotana y en su capa negra una cruz encarnada.

Los conventos de Lima merecen fijar particularmente la atencion del viajero; el de San Francisco tiene una grande iglesia y tres capillas destinadas á diferentes ejercicios de piedad. La iglesia principal está ricamente adornada; los altares están dorados con mucho esmero, y uno de ellos parece esclusivamente dedicado á los negros, siendo todas negras las imágenes de santos que le adornan.

El convento tiene tres patios y dos pisos de galerías con arcos. Una série de cuadros bastante medianos de la vida de san Francisco, adorna la parte superior de una galería baja; y en el mas grande de los patios se cultiva un jardin, donde no tienen entrada los novicios.

Ningun ruido viene á turbar jamas la paz de ese pequeño Eden, donde las flores europeas mezclan sus suaves aromas á los penetrantes perfumes de los trópicos, oyéndose únicamente algunas veces los suspiros del órgano, y el canto pausado y grave de los frailes, que se elevan de la iglesia vecina subiendo al cielo con el murmullo de las

aguas, el gorjeo de los pajarillos y el incienso de las flores.

El convento de Santo Domingo es el mas rico, sino el mas hermoso de todos los de Lima. En la iglesia, y á la derecha del coro, se vé un altar dedicado á santa Rosa, la única limeña canonizada. Una hermosa estatua de mármol blanco ejecutada en Italia, representa la santa en el instante en que acababa de morir. Un ángel con las alas desplegadas que apenas toca al suelo, levanta el paño fúnebre que cubre su rostro, y á su lado se vé un ramo quebrado de un rosal en el cual se marchita una rosa blanca: la mujer y la flor rinden al cielo, una su último suspiro, y otra su último perfume.

En el santuario de Santa Rosa, construido en el sitio donde nació *Rosa de Santa Maria*, se conservan entre otras reliquias, la urna de madera que llevó al hombro la santa, como Cristo al Calvario, durante muchas horas; la cruz erizada de pinchos como un cilicio, que apretaba contra su pecho, su sortija, hecha de pelo de su cabellera, sus dos tobillos, y los dados que, segun dice la tradicion, la sirvieron para jugar con el Divino Jesus. Los cuadros que adornan esta capilla representan escenas de la vida de Santa Rosa; viéndose en el retablo un retrato de la Santa Virgen que ha sido agujereado para colgarle á la madre de Cristo un par de pendientes de diamantes, y un collar de perlas al cuello.

Las *Alamedas*, ó paseos, no se hallan muy frecuentados desde hace algunos años. Sin embargo, los dias de corridas de toros, las mujeres, vestidas con el misterioso y elegante traje limeño, se sientan en los bancos de la Alameda, divirtiéndose en chancearse con los paseantes.

Otro paseo mas hermoso, aunque peor situado, es el que se llama la *Alameda vieja*, que no está frecuentada mas que en el mes de junio, época de las cavalcatas á los cerros para cojer la amarilla flor de los *almancaes*. Este paseo cuyas calles están plantadas de naranjos y adornadas de surtidores de agua, conduce al convento de los Descalzos; hácia la mitad del camino se hallan dos monasterios de mujeres; cuando se entra por el arrabal de San Lázaro, se ve á la derecha un gran cercado con un pórtico algo parecido á un arco de triunfo, apoyado en una serie de arcos laterales. Estas construcciones se hicieron con el objeto de fabricar un inmenso baño alimentado por el agua de la corriente vecina, pero habiéndose interrumpido los trabajos, el edificio ha quedado sin concluir y se arruina mas y mas cada dia.

Francisco I^o deseando elevar á uno de los hombres mas distinguidos de su tiempo á las primeras dignidades de la Iglesia, le preguntó si habia nacido noble: — « Señor, — respondió el abate, — tres eran los hermanos que salieron del arca de Noé; no sé de cual de ellos desciendo. »

HORTICULTURA Y FLORICULTURA

EN LAS CERCANÍAS DE PARIS.

De las estadísticas recién formadas resulta que en las cercanías de Paris las tierras cultivadas para huerta, dan anualmente 30 millones de francos, que hacen vivir á 500 mil personas.

Las flores y las frutas rinden tambien un producto de muchos millones. En Paris y sus cercanías hay unos 200 jardineros floristas que abastecen los mercados de la capi-

tal. Las vísperas de las grandes festividades, el despacho es considerable. El año de 1848, el dia 14 de agosto, víspera de la Asuncion, se vendió en Paris por mas de *cincuenta mil francos* de flores. Y aun en pleno invierno, ciertos bailes y soirées de gran tono dan lugar á que se vendan flores por valor de cinco mil, diez mil y hasta *veinte mil francos*.

El pueblo mas fuerte es aquel que cuenta un mayor número de hombres robustos, interesados en la defensa de la nacion, animados de su espíritu, y con el sentimiento de su porvenir. El pueblo mas civilizado, es aquel que cuenta mas hombres inteligentes, interesados en la conservacion y desarrollo de su moralidad pública. El pueblo mas libre es el que cuenta mas ciudadanos en estado de vivir independientes, mediante su trabajo, y por último el pueblo mas rico, es aquel donde hay mayor número de familias acomodadas.

BURET.

Vivimos con nuestros defectos como con los perfumes que acostumbramos á llevar; ya no los sentimos, y solo incomodan á los que están á nuestro lado.

MADAMA DE LAMBERT.

La imaginacion y el talento no son, como se supone, las bases del verdadero talento literario, que consiste únicamente en la sensatez, junta con la belleza de la forma. Ninguna obra, aunque sea puramente de imaginacion, puede existir, si las ideas carecen de cierta lógica que las encadene y que proporcione al lector el placer de la razon, aun en medio de la locura. Examinando detenidamente las principales obras de nuestra literatura, se vé que su superioridad consiste en su sensatez, en una razon admirable, que es como el armazon del edificio. Lo falso acaba siempre por disgustar, porque el hombre tiene en sí mismo un principio de rectitud con el cual no se puede chocar impunemente, y por eso sucede que las obras de los sofistas no obtienen mas que un triunfo pasajero; brillan un instante, con un brillo facticio, y despues caen para siempre en el olvido.

CHATEAUBRIAND.

Las luces no hacen mas que aclarar el camino, pero no le dan al hombre las fuerzas suficientes para andarle todo.

B. CONSTANT.

La afectacion en el lenguaje, en los ademanes ó en el traje, es como una luz por la cual se descubre inmediatamente en nosotros la ausencia de gusto, de sensatez ó de sinceridad.

LOCKE.

DESCUBRIMIENTO DE LA FABRICACION DEL PAPEL.

A los árabes de España se debe el arte de la fabricacion del papel que, ántes que la invencion de la imprenta, ha contribuido tan esencialmente á la rápida circulacion de los conocimientos. Casiri halló en el Escorial diferentes manuscritos de papel de algodón que llegaban al año 1009 y de papel de hilo de fecha de 1106, que prueban cuán sin razon ha atribuido Tiraboschi la invencion del último á un italiano de Trivigi que vivió á mediados del siglo XIV.

(PRESCOT, *Historia de los Reyes Católicos*.)

UN DIA DE CARNAVAL EN UNA CIUDAD DEL NORTE.



Dibujo tomado de una estampa del siglo XVII.